

Domingo Melfi

## A la sombra de Pérez Rosales



UANDO se miran los libros inmóviles, en los anaqueles, se piensa con cierta tristeza en la postura de los muertos.

Se recuerda sin quererlo, los nichos alineados de los cementerios, las avenidas en sombra, los claros entre una tumba y otra. Pero esta comparación es exacta sólo en cierta medida.

Los libros se revisten de una extraña fuerza de dispersión. Pueden estar inmóviles un tiempo en largas filas mudas, dando la apariencia de la muerte; pero un día impensado despiertan, sacuden el polvo que los cubre y echan a caminar.

Vuelven a la vida activa de la emoción, tan fuertemente, con tanta prestancia, como jamás lo sintieron en los días alegres de la primera salida hacia el mundo de lo inesperado.

Los libros van y vienen. Se levantan de su postración, se yerguen como los organismos vegetales, después de las tormentas devastadoras, se enderezan, palpan el ambiente con sus antenas, la dirección del vien-

to y, por fin, se ponen de pie. Renuevan en una palabra, el proceso vital. Se cubren de ramas simbólicas, de hojas y de flores. Y como los árboles, arrojan sobre el camino, un círculo de fresca sombra y dentro de ese círculo se sientan a descansar o a meditar los viajeros de nuevas caravanas...

Este ir y venir continuo, a través del tiempo; esta especie de reciprocidad constante entre el corazón de los libros y el corazón de los hombres; esta correspondencia secreta, activa, amorosa, diligente, entre la sensibilidad que se desprende de las páginas y la sensibilidad del lector es lo que forma el espíritu vibrante de un pueblo, su historia humana, la voluntad de superación y de constancia, el carácter, la comprensión de los problemas sucesivos de su evolución, la tolerancia, el bien, la generosidad, el amor a la tierra de los antepasados, en lo que aquélla y éstos tienen de heroico, de grande, de permanente.

He aquí porqué, los libros han sido llamados amigos del hombre y he aquí porqué ciertos libros viven en todos los tiempos y excitan la curiosidad de lectores antagónicos, de gentes extrañas que jamás han cruzado una palabra y que llevan rumbos distintos y, en ocasiones, contradictorios.

A la sombra de Pérez Rosales, por ejemplo, a la sombra de su libro *Recuerdos del Pasado* se han sentado las generaciones que el autor no conoció. Y continuarán sentándose las que vengan más tarde porque Pérez Rosales dejó entre las páginas de su li-

bro, el corazón de su raza, lo más característico de ella, lo más típico.

Narró los episodios del hombre aventurero en la multiplicidad de los afanes y de los menesteres. Fué de un punto a otro, fijando la línea de los héroes innumerables de esta tierra, de esos anónimos que salen un día de su casa, vagan por los cerros, cruzan la cordillera, se internan en el desierto, buscan derroteros de minas, ejercen los más extraños oficios, combaten por la libertad y regresan al punto de partida, más pobres de como salieron o enriquecidos por penosos sufrimientos. Pero resignados con su suerte. Orgullosos de su aprendizaje. Encogiéndose de hombros.

Hemos querido evocar este libro ejemplar en esta fiesta del libro. Pérez Rosales escribió sin vanidad, sin ostentación con la sencillez humana y familiar de un buen amigo. Después de vivir bravamente contó lo que había vivido, con la misma modestia que había sido siempre la norma de su existencia.

A veces da la impresión de querer simplificar aún más su lenguaje despojándolo de todo artificio y de toda retórica.

En pocos libros se encuentra mejor descrita y mejor sentida esta impulsión singular del chileno que le empuja a rodar tierras, a visitar gentes desconocidas, a pedir hospitalidad en los lugares más remotos, para abandonar el día menos pensado el sitio en que empezaba a echar raíces y proseguir de nuevo su aventura. Hay un viajero que cuenta que cierta vez al pasar por el puerto

ruso de Odessa, en el Mar Negro, encontró en una calle un anuncio comercial que decía: *Peluchería Chile*. Ahí estaba el marino desertor, peluquero seguramente de un barco y que aburrido de la vida a bordo se había decidido a plantar su tienda en medio de aquella ciudad para él enteramente desconocida.

El libro de Pérez Rosales tiene la pasta, la médula del buen amigo. Cordial, impregnado de sentimiento viril de la tierra, corre por sus páginas un airecillo malicioso, y a veces, una punta aguda pincha, un instante, con el buen humor campechano que fué una de las virtudes más salientes del andariego Pérez Rosales.

A cada vuelta de página parece estar sentado el autor, esperando en el corredor de una casa campesina, en la orilla del camino de curva por donde pasan los viajeros y por donde siempre habrán de pasar.

Esos caminos chilenos, accidentados como los esteros que de pronto se serenán en un remanso, rodeado de sauces o se derraman en un pequeño valle fértil.

Y así nos parece que vemos a Pérez Rosales sentado para descansar de sus andanzas y para contarnos su vida errabunda; las peripecias de la independencia de Chile que él vivió, sus viajes difíciles por otras tierras, sus peregrinaciones a través de los cajones cordilleranos, las aventuras del huaso Rodríguez, sus experiencias de trotamundo, de comerciante, de empresario de teatros, de minero, de hacendado y de colonizador.

Y esto es lo que hace tan grata la lectura de los *Recuerdos del Pasado*, lo que imprime un carácter dominante a su estructura, lo que permite abarcar la psicología entera de un pueblo, en sus altibajos, en sus afanes, en la generosidad, en el buen humor, en la malicia, y en el esfuerzo conquistador de desiertos y de selvas.

Había en él un huaso y un hombre de ciudad, un empresario, un buscador empecinado de derroteros, un minero pertinaz, un funcionario magnífico, un agente admirable de inmigración, un poblador de zonas deshabitadas. Abatió los bosques australes, en las zonas en que era preciso ubicar a los primeros colonos y dió así amplitud y posibilidad a un sector extenso del territorio, hoy poblado de ciudades y de industrias florecientes.

Fué pues, el chileno típico, a la vez que el chileno precursor de los aventureros magníficos que cruzaron el desierto y llevaron el vigor de la raza a las zonas más inhospitalarias del país.

Estos libros son o constituyen los únicos evangelios para un pueblo como el nuestro. Representan la parte poemática del hombre, la abundancia viril de la aventura en el esfuerzo que es heroísmo y es humanidad generosa, comunicativa.

La literatura chilena, cuenta con valiosos ejemplares de obras que deberían ser puestas en las manos de todos.

Estos libros coordinan los esfuerzos; unifican y dan

un sentido humano y resuelto al hombre, elevan la moral, fortalecen el instinto de la energía constructiva. Con solo presentar el cuadro de actos heroicos, aun en lo más humilde, o en lo más familiar, dignifican el carácter, y lo purifican para afrontar mejor la lucha.

Hay algunos libros de Vicuña Mackenna, de Lastarria, de Blest Gana, de Daniel Riquelme, de Baldomero Lillo, de Mariano Latorre, de Santivan, de Díaz Garcés, de Durand, y de tantos otros, que forman el fundamento más firme de la chilenidad en lo que ésta tiene de vigoroso y de enérgico. Allí están los rasgos salientes del carácter, los sucesos prósperos o adversos de nuestra raza, los impulsos y los retrocesos en el duro camino de la organización, las pasiones y los esfuerzos para diferenciarse en la vida americana.

Todos esos libros realizan el milagro de coronar la lucha por la conquista del suelo, con un haz esplendoroso que permite que tengamos en el continente los rasgos acentuados de un país fuertemente articulado. Los libros de esos autores caminan continuamente y nunca están muertos.

Los libros mueren cuando no aliente en ellos nada de la vida que es común al hombre en la medida de los sufrimientos, del heroísmo o de la grandeza de alma.

Como los árboles tienen nidos y pájaros. Es decir, palpita el corazón como un nido y canta en la renovación eterna de sus ramajes y de sus frutos.